

# LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

## EL DÍA DE LOS DIFUNTOS

Perdido en las sombras  
medité un momento:  
¡Dios mío qué solos  
se quedan los muertos!

(BECQUER).

**Q**UÉ día es este que aparece todos los años envuelto en un manto de pardas y frías brumas, derramando pavora en todos los corazones? ¿Qué día es este que tan tristes pensamientos infunde en nuestro espíritu y tan lúgubres recuerdos trae á nuestra memoria? Este es el día de los grandes desengaños, de las tristes meditaciones y de las magnas enseñanzas:

Es el día en que la vida  
rinde á la muerte tributo,  
porque toda alma nacida  
recuerda una despedida  
que la hizo vestir de luto.

En este día la Iglesia se viste también de luto y convida á los fieles á la meditación. El fúnebre túmulo, que en medio del templo se alza de pálidas antorchas rodeado; los cantos quejumbrosos de los sacerdotes; las oraciones de los fieles; los plañideros tañidos de las campanas; el silencio y tristura del día... todo, en una palabra, nos invita á meditar y nos llena el alma de un dolor sublime, de una tristeza y pavora infinitas...

¡Meditad, mortales! Reflexionad en este día sobre la miserable condición de la humana naturaleza; considerad detenidamente el paradero de todas las grandezas; acercaos al borde del abismo negro y profundo en que desaparecen confundidos personas, dignidades, honores, riquezas y placeres. Entrad en el cementerio, bajad hasta el fondo de las tum-

bas, y allí, en presencia de aquellos sucios despojos, ante aquellos montones de huesos negruzcos y despedazados, aspirando los impuros vapores que los sepulcros exhalan, y percibiendo el hedor nauseabundo de materias putrefactas, aprenderéis la filosofía del vivir, la ciencia más real y verdadera, que es el conocimiento de vuestra propia nada. ¿Os causa horror el espectáculo? Es natural que todo sér viviente se horrorice de su propia destrucción; es natural que la soberbia del hombre se espante al contemplar tan tremendo abatimiento; es natural que el hombre, el sér más perfecto de la creación, el que por su genio y por su ciencia se cree capaz de saberlo todo, de dominarlo todo, mire con repugnancia el polvo y los gusanos de la fosa y quiera rebelarse contra la muerte. Mas en vano es que pretenda esquivar el pensamiento de la muerte, es inútil que aparte con asco la vista de estas cosas, porque la realidad inevitable se impone á su entendimiento, la verdad brilla ante sus ojos con fatídicos fulgores y la visión del sepulcro se le representa en toda su repugnancia, obligándole á contemplarla y á exclamar con desconsuelo:

Gusano, tú que sucio y asqueroso  
te arrastras por el polvo y nada más,  
¡quién diría que hambriento y anheloso  
mi cuerpo roerás!...

Esta frente que tanto ha meditado,  
este pecho que encierra tanto amor,  
¡formarán tu banquete delicado,  
gusano roedor!...

Esa es la tremenda realidad que á todos nos espera; hasta ese extremo llega la eficacia de aquella terrible sentencia, lanzada por Dios contra el humano linaje en la persona de su primer representante, al cual dijo: *Polvo eres y al polvo has de volver.*

Pero no es la muerte, ni el sepulcro, ni la desorganización del cuerpo lo que más espanto nos debe causar. Al fin, la idea de la aniquilación muchos desgraciados la acogerían como un consuelo para su desesperación. Lo que más cuidado debe inspirarnos, lo que ha de sugerirnos más serias reflexiones, es la idea de supervivencia, de renovación, que á través de las cenizas funerarias se columbra. Por mucho que el malo se esfuerce en convencerse á sí mismo de que todo acaba con la muerte, no lo podrá conseguir, porque el espíritu que le anima le está siempre gritando con toda

suerte de voces que el sepulcro no es el término de su destino, sino la puerta que da paso á otra región y á otra vida, donde tendrán la correspondiente sanción las acciones, palabras y pensamientos de la presente vida. La muerte poniéndonos delante la destrucción de la materia, esclarece con luz tan viva los ojos del espíritu, para discurrir con lucidez sobre el problema de nuestro final destino, que ante la podredumbre y hediondez de un cadáver el criminal más endurecido siente despertarse las víboras mordedoras de la conciencia y al escéptico se le hiela en los labios la sonrisa burlesca que siempre vaga por ellos, porque una duda punzante le hace refléxionar seriamente, pensando con el poeta:

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
No sé, pero hay algo  
que explicar no puedo,  
al ver que tan solos  
se quedan los muertos...

No puede el hombre resignarse á que su existencia termine con la vida presente. Es difícil que nadie, por grandes esfuerzos que haga, llegue á persuadirse de que el hombre, ese mundo pequeño que en sí encierra tantas maravillas del pensamiento, tantos anhelos de libertad, tantas aspiraciones hacia lo infinito, tantas ansias de inmortalidad y de gloria, tantos deseos que no pueden tener satisfacción en este mundo, acabe su vida como cualquiera de los animales que no perciben más allá de lo material y sensible, ni tienen responsabilidad de sus operaciones. «Si de una manera, dice el Sabio, mueren el hombre y la bestia, ¿qué me aprovecha trabajar por adquirir la sabiduría?» Si eso fuera cierto, el hombre sería digno de lástima, porque son muchos los animales que, dentro del orden sensible, gozan de mayores satisfacciones y no están sujetos á tantos trabajos y enfermedades. Pero no; el hombre lleva en su mente el sello de la inmortalidad, y en su conciencia el testimonio de su grandeza y de la alteza de sus destinos. Ya el filósofo latino lo comprendió con la sola luz natural cuando dijo: *Major sum et ad majora natus, quam ut sim mancipium corporis mei*, sentencia que un poeta castellano tradujo así:

Esta nuestra porción alta y divina  
á mayores acciones es llamada  
y en más nobles objetos se termina.

Lo que sucede es que el hombre, seducido por los fantasmas de felicidad terrena, se olvida de su inmortal destino; trastornado por las pasiones, arrastra por el suelo su dignidad y hunde en el fango la corona de su realeza, descendiendo á veces en sus aberraciones más abajo del nivel en que se encuentran los brutos. Ese es su mayor remordimiento, cuando llega á serenarse un poco su razón. Por evitar la vergüenza que este remordimiento les causa, y también el castigo que temen, es por lo que algunos desdichados quisieran igualarse con los irracionales. Así se explica la razón de ciertas doctrinas absurdas, de ciertos odios monstruosos, de ciertas campañas diabólicas. Quieren ahogar las voces de su conciencia que les reprende, y por eso gritan como energúmenos; pretenden olvidarse de que son hombres, por lo cual obran como si fueran bestias; desearían acabar con todo lo que les recuerda que existen una justicia infinita, una gloria y un infierno eternos, y por eso lo combaten con tesón y odio satánicos.

Estos son los que más sufren cuando les sobreviene la desgracia de alguna separación dolorosa, cuando se ven privados de algún sér querido, si es que en tales pechos puede prender la chispa del verdadero amor. Entonces su corazón, abrumado por la pesadísima carga del dolor, llama á todas las puertas en busca de algún consuelo; mas, como en lo humano no le hay para esta clase de desgracias, y en lo divino no tienen motivos para confiar, caen en la desesperación, que es sólo comparable al infierno. Bien lo expresó uno que supo sentirlo:

Si justiciero existe un Dios eterno,  
infierno puede haber, puede haber gloria;  
mas, si es lo eterno la mundana escoria,  
y es su ley el dolor... ¡todo es inferno!...

¡Ah desdichados impíos! Vosotros más que nadie sois dignos de lástima, ya que no de compasión. Sin fe, sin esperanza, sin amor camináis descarriados por el desierto de la vida, sin hallar una gota de agua para templar la sed que os atormenta, sin encontrar una sombra que os defienda de los abrasadores rayos del sol. Rompísteis el vaso que vuestras madres cristianas habían llenado con el precioso licor de la piedad, con el bálsamo de la esperanza; de vuestro corazón arrojásteis las santas doctrinas, las virtudes cristianas, todo lo bueno, todo lo grande, todo lo divino: por eso ahora desfallecéis de cansancio, de sed y de hastío en medio del desierto de la desesperación.

¡Desdichados impíos! Vosotros también experimentáis honda tristeza en el día de los Difuntos, en este día, en que nadie puede sustraerse al influjo del dolor que flota en el ambiente; vosotros también tenéis necesidad de llorar, pero vuestras lágrimas no son recogidas por los ángeles del consuelo, sino que las bebe la tierra en que enterrásteis vuestras esperanzas. Vosotros también experimentáis esa extraña resurrección de conciencia que todos sienten en este día; pero en vez de los sentimientos tiernos, de las dulces lágrimas y de los suaves consuelos que inspiran al creyente la fe en una próxima reintegración y la esperanza en la divina misericordia, vosotros sólo percibís las torturas del remordimiento, el torcedor de la duda, el infierno de la desesperación. ¡Oh! mil veces desdichados, pues lo seréis en esta vida y en la otra por toda una eternidad, si Dios no se compadece de vosotros, si el ángel de la esperanza no toca vuestro corazón con sus alas, como las del ángel del dolor tocaron vuestra frente. Alzad siquiera una vez los ojos del sepulcro que tanto os aterra, mirad por cima de los cipreses del camposanto y veréis en el cielo brillar una aurora serena, un sol apacible y refulgente: es el sol de la patria, es la aurora de la eternidad.

J. VAYELLO.

---

## EL ROSARIO Y EL PURGATORIO

---

**E**N este mes nos recuerda la Iglesia un deber muy sagrado del cristiano, el deber que tenemos de orar por las almas que están pagando á la Majestad Divina las deudas contraídas por el pecado. Lugar triste, lugar de terribles torturas, que no podemos encarecer debidamente; lugar de lágrimas, de llantos conmovedores, que si por permisión divina pudiésemos oír las quejas y suspiros de los que allí penan, de espanto moriríamos.

El santo Job, agobiado con tan grandes y asquerosas enfermedades, con tantas desgracias, que arrancan á su pecho lastimeros ayes, figuraba al alma que padece en el Purgatorio. Y él suspiraba, y él lloraba, y él pedía compasión á todos los que iban á verle; mas sólo una cosa endulzaba sus pesares, la esperanza que en su corazón abrigaba de ver á su Salvador.

Las almas del Purgatorio á nosotros claman, nuestras oraciones piden, y con lágrimas de fuego, que abrasan sus mejillas, por Dios suplican, y sobre todo á sus parientes, á sus amigos, que las saquemos de aquella prisión por los medios que Dios instituyó. Estos medios la Iglesia nos los señala, y son: el santo sacrificio de la Misa, la limosna y la oración. Téngase en cuenta que de otras muchas maneras podemos socorrer á esas almas, como es ofrecer por ellas todos nuestros trabajos, todas nuestras mortificaciones y la práctica de las obras de misericordia, hechas con intención de socorrerlas; pero los tres medios apuntados son los principales, y se puede decir que incluyen todos los demás.

Un medio muy eficaz para conseguir la pronta salida del alma que pena en el lugar de la expiación, es el rezo del santísimo Rosario, según afirma la Iglesia y según fué revelado á muchos santos; veamos las razones:

¿Qué es el Rosario? Si sabemos contestar á esta pregunta, no nos hacen falta más pruebas. El Rosario es una oración, y oración completa, es una plegaria tierna que á María dirigimos sus devotos, y esta es la primera razón para afirmar que es un medio eficaz para aliviar á las almas benditas del Purgatorio y para conseguir su rescate. La oración fervorosa hace prodigios; pone, por decirlo así, la omnipotencia de Dios en las manos de los hombres. Hallábase San Pedro preso, sus pies y manos atados con gruesas cadenas, de modo que no hubiera podido huir aun cuando las puertas de la prisión hubieran estado abiertas: entró un ángel en aquella lóbrega morada, y las cadenas que aprisionaban los pies y manos del apóstol se cayeron; fijémonos que el escritor sagrado no dice que el ángel le soltó las cadenas, sino que ellas por sí se cayeron. Y es porque mereció la liberación por las oraciones que los fieles hacían por él sin intermisión. Ese poder tiene la oración con respecto á las almas aprisionadas en el Purgatorio; esa libertad podemos conseguirla con el rezo del santo Rosario.

El poder del Rosario no sólo le viene de ser oración, sino de ser tal oración. Es oración completa, oración sublime, en la que se evocan juntamente el auxilio de Dios y el patrocinio de María. Con el Padrenuestro aplacamos la ira divina; con el Ave-María volvemos sobre nosotros y sobre aquellos por quienes rogamos la mirada tierna, maternal de la Virgen. Esta inefable armonía, este dulce canto que la misma Reina de los ángeles inspiró, conmueve muy pronto el com-

pasivo corazón de nuestra cariñosa Madre, y cuando sus devotos empiezan á rezarlo, su gozo es muy grande, y como impulsada por una fuerza irresistible, accede con presteza á la petición del que así la alaba. Y si el que reza el Rosario tiene presente las condiciones que avaloran infinitamente su rezo, imposible es calcular lo que merece para sí ó para quienes aplique esos actos. Esas condiciones son bien sabidas: á la simple recitación vocal debe acompañar la meditación en los misterios, la atención del ánimo, y el móvil no debe ser otro que el sincero amor á María Santísima.

La razón más poderosa y el por qué del valor del santísimo Rosario para prestar alivio á las almas del Purgatorio es porque, cuando por ellas ofrecemos el Rosario se ofrecen los merecimientos de Cristo Salvador nuestro, las innumerables indulgencias que los Sumos Pontífices concedieron á dicha devoción. Y ¿de dónde más procede su eficacia? Del poder de María. María es nuestra Reina y nuestra Madre, y si nosotros como fieles y sumisos vasallos é hijos obedientes su maternal cariño imploramos, su dulce nombre repetimos, sus prerrogativas recordamos, no puede desoir al que con tales títulos la llama.

Que la historia lo confirme, que María hable. Ella nos dice de su poder que es infinito, y por el título de Madre de los hombres escucha siempre el ruego del mísero desterrado. Y hablando de las almas afligidas del Purgatorio afirma que por sus ruegos cada hora se les aminoran las penas.

A rezar, pues, el Rosario á María; á socorrer á nuestros hermanos que en la lóbrega cárcel de expiación sufren, lloran. ¡Oh segura escalera la del Rosario para que al cielo subáis, benditas almas. Por vosotros, amados hijos, dicen los buenos padres y madres de familia, rezaremos el Rosario, y no dudamos del pronto alivio y libertad completa que os lograremos. Eso repiten los fieles hijos, los hermanos queridos, los amigos leales, y todo cristiano que en su pecho siente, que en su alma vive la caridad sincera, desinteresada, la caridad de Cristo.

Se lee de la V. Madre Sor Francisca del Santísimo Sacramento que, cuando cogía el santo Rosario, venían á ponerse en las manos las almas del Purgatorio, y todas la pedían que por ellas aplicase aquella santa oración, y á milares las veía salir de las penas. Si tan grande es tu poder, bendito Rosario, no caerá nunca de nuestras manos, y las

almas del Purgatorio recibirán constantemente el rocío celestial que apagará el fuego devorador que las atormenta.

---

## AMORES MUERTOS

A LA SANTA MEMORIA DE MI AMADA MADRE

† 30 DE MARZO DE 1910

¡Madre mía, madre mía,  
cómo alivia el suspirar!

(CAMPOAMOR).

I

¡Oh, madre! ¡oh, madre mía!  
mi esperanza, mi gloria, mi consuelo,  
mi amor y mi alegría  
en este triste suelo.  
¿Dónde estás, madre amada,  
que á la voz de tu hijo no responde  
la tuya, siempre dulce y regalada?  
¡Oh, madre! ¿do se esconde  
tu presencia y con ella mi ventura?  
¿Qué se han hecho tu amor y tu ternura,  
que inundaban mi alma de delicias  
entre abrazos y besos y caricias?...  
¡Ay de mí! ¡ay de mí!, desventurado,  
que mi voz ya no encuentra un eco amigo.  
En vano me fatigo,  
invocando aquel nombre idolatrado,  
porque el grito de ¡madre!, ¡madre mía!  
no llega al sér amado  
que para el bien y la virtud vivía...  
¡Ay! la muerte fatal su horrible ceño  
asomó en el dintel de mi morada,  
y á pesar de mi amante, loco empeño  
por defender la entrada,  
allanó con sus plantas el recinto,  
y con su helado soplo dejó extinto  
el sol, que lumbre de mi vida era.  
¡Oh! cruel, ¡oh! inhumana, ¡oh! más que fiera  
—exclamé con acento dolorido—  
¿por qué con vida el corazón me dejas,  
si con llaga incurable le has herido?  
¡Qué ufana tú te alejas  
con el robado bien de mis amores!...  
¿Por qué no escuchas mis amargas quejas  
cuando invoco el favor de tus rigores?



Ya que una parte al corazón cortaste,  
¿para qué ha de vivir la que dejaste?

Inútil: suplicar. Horrible mueca  
dibujóse en el rostro carcomido  
de aquella furia descarnada y seca,  
y con paso altanero, desmedido,  
que en mi pecho sonaba como el ruido  
sobre una tumba hueca,  
retiróse, arrojando entre mis brazos  
yertos fríos despojos,  
que no pude avivar con mis abrazos,  
ni con el llanto de mis tristes ojos...

.....  
Cual náufrago, perdido  
entre las olas de la mar hirviente,  
busca afanoso con la vista el puerto  
y nada con esfuerzo diligente;  
pero al fin, extenuado y aterido,  
entrégase al furor de la corriente:

Cual suele acontecer al caminante  
que, al cruzar el desierto, es alcanzado  
por el soplo del Simun espantoso  
y, envuelto en el torrente huracanado  
de arena requemante,  
expira entre los brazos del coloso,  
que es á un tiempo dogal, tumba y sudario:

Tal me ví en una hora,  
náufrago derrotado en el contrario  
piélago de amargura,  
sin hallar una tabla salvadora;  
viajero solitario,  
despojo de tormenta asoladora  
en el desierto de mi desventura...

No hay dolor semejante  
al dolor que mi pecho despedaza,  
ni espada así cortante  
como la cruda pena,  
que el corazón sensible me ataraza,  
al pensar que murió madre tan buena.  
¿Quién me dará una gota de consuelo?  
¿Qué cosa puede mitigar el duelo  
que el alma y los sentidos me enajena?  
¡Ay! es tan grande la desdicha mía,  
¡tan fuerte mi quebranto!  
¡ay! he apurado tanto  
el cáliz, rebosante de agonía,  
que casi dudo de mi mal presente  
y me inclino á creer que es desvarío  
ó sueño de la mente.  
¿Cómo pudo morir madre tan pura?  
¿Es posible, Dios mío,  
que acabe en un momento  
tanta felicidad, tanta ventura?

.....

II

¡Oh! dulces horas!, ¡oh! dichosos días  
de inocencia, de paz y de alegrías,  
cuando, libre del mal que ahora lamento,  
soñaba que la dicha siempre dura.  
Con mi suerte contento,  
ajeno de ambiciones y codicias,  
vivía yo feliz, como en sus nidos  
calientes y mullidos  
los tiernos pajarilos inocentes.  
Formaban mis delicias  
los campos florecidos,  
los prados, los arroyos y las fuentes,  
las frondas, los sembrados,  
los pájaros, las yuntas, los ganados,  
la casa solariega—venerable  
santuario de la fe de mis mayores—  
el templo de vetusta arquitectura,  
la ermita de la Virgen siempre pura,  
la aldea patriarcal, inolvidable,  
con sus buenos, cristianos moradores,  
con su cielo de nítida hermosura,  
con su sol de purísimos fulgores,  
con su paz, con su fe, con su armonía...

Todo me lo alegraba  
la santa madre mía,  
que al bien y á la virtud enderezaba  
mi tierno corazón. Con tino suave  
ella me daba la sencilla clave  
para hallar el tesoro de belleza  
que en la naturaleza  
quiso esconder la mano providente  
de su Hacedor eterno, omnipotente.  
Y yo que, dócil, la lección oía,  
con ansias de ser bueno,  
fielmente la aprendía  
y encontraba en aquel vivir sereno  
cuanto mi corazón apetecía.

Mas todo se acabó. Ya no dan flores  
los campos de mi aldea,  
ni los pájaros cantan sus amores,  
ni el bosque rumorea,  
ni en el cielo hay estrellas, ni fulgores.  
Ya todo se acabó. Para mi alma  
sólo existe el vacío  
con su aplastante calma,  
con su espantoso frío.  
¡Adiós, encantos de la vida mía,  
nostalgias del vivir, plácido anhelo  
de paz y de armonía!  
Amor, felicidad, luz, alegría...  
¡todo, ¡todo! se hundió en un mar de duelo;  
sólo quedan recuerdos y dolores...

307

corazón para amar ruinas de amores  
y ojos para llorar mirando al cielo! ..

.....  
.....

III

¿Por qué venís de nuevo á mi memoria,  
recuerdos de la dicha fenecida?

¿Para qué renováis la triste historia  
de mi desgracia y ensancháis la herida  
que abrió en mi corazón la dura muerte?

¡Atrás, recuerdos vanos

—un día mi ventura, hoy mis tiranos—  
dejadme á solas con mi negra suerte!

Huid de mi presencia

y no me torturéis más tiempo el alma;

quizás con vuestra ausencia

alcance á recobrar la dulce calma

y otra vez en mi pecho dolorido

la dicha y el amor labren su nido.

.....  
.....

IV

Perdonad mi dolor, Dios soberano;  
hijo es del amor que vos me disteis  
cuando mi corazón de carne hicisteis.

Yo beso vuestra mano,

aunque mi corazón ella taladre.

Perdonad, pues, mis quejas y clamores,

¡son tantos los amores

que mueren con la vida de una madre!...

Y tú, madre querida,

si desde el alto cielo,

de mí compadecida,

contemplas con amor la enorme pena

que mi sensible corazón quebranta,

envíame una gota de consuelo ..

¡tú que fuiste una madre siempre buena!

¡tú que fuiste una madre siempre santa!...

FR. JUAN PRIETO RODRÍGUEZ.

Convento de San Esteban. —Salamanca, 20-IV-1910.

## REGIONES DE ULTRATUMBA

(SUEÑO DIDÁCTICO)

**E**RA una noche oscura de Noviembre: la blanca nieve ya había ensabanado los picos de las sierras, y el aire fresco á todos obligaba á recogerse pronto. En un modesto hogar penetra un muchachuelo de unos once á doce años: como la tarde había sido muy desapacible, con fuertes vendabales que traían en sus potentes alas copos de nieve, el pobre chico estaba aterido de frío. Su madre le increpó seriamente:—Si vuelves á venir tarde, le dijo, no te admito en casa, ¡mejor *lechuguín!*—Es que fué muy larga la *petición* por las *Animas*, le respondió.—Bueno, pero cuando no se puede, no se puede; y otra vez, que no se repita, ¡cuidado me llamo, vendehumos!

Sosegada la celosa madre, quiso distraer á sus hijos contándoles algunos casos de apariciones de las ánimas del Purgatorio: el asunto de la conversación no podía ser más interesante para los cinco hermanitos que la oían y sin remedio tenía que ser el tema de sus sueños aquella noche. Así sucedió al mayor de ellos. Exaltada su imaginación con las cosas estupendas oídas antes de acostarse, el sueño se encargó de continuar la conversación.

Figurábase el infeliz hallarse en un profundo valle tenebroso sembrado de huesos y sepulturas. Allá á lo lejos divisó una sombra negra y gigantesta que con pasos apresurados corría hacia él. El estupor que se apoderó de su corazón fué tremendo; creía verse ya presa de la muerte y sus cabellos de oro se volvieron de plata en un momento. Intentó huir, pero no pudo, el estupor paralizaba todos sus miembros.—¿Qué es esto, se dijo con terror? ¿Quién me librará de este fantasma? ¡Dios mío! ¡Virgen Santísima, socorredme! Entre tanto la sombra avanzaba y el pobre chico se veía morir de susto. Mas, ¡oh fortuna!, de repente la sombra queda detenida como por una fuerza irresistible, que en vano pretende vencer. Entonces la esperanza renace en el corazón del joven que se encomienda á Dios y á la Virgen con nuevo fervor.

De improviso resuena una potente y misteriosa voz, cu-

yos ecos repiten las inaccesibles rocas que amurallan aquel extenso y profundo valle, que á juzgar por las tinieblas, por la soledad y por los despojos allí esparcidos, parecía el valle de los muertos. La voz con extraño imperio decía: «¡Atrás!, soberbio titán. Nunca tus vengativas manos mancharás con sangre inocente. ¡Fuera!, rebelde Luzbel; deja que en paz descansen estos nuevos vecinos del cielo».—Y luego añadió dirigiéndose al joven que asustado escuchaba aquellas imprecaciones:—«¿Ves esas moradas cuya lobreguez te causa espanto? Son los sepulcros donde reposan los cansados cuerpos de los escogidos. No te aterre su estrechez, porque no es su definitiva mansión; en el cielo encontrarán amplios horizontes donde explayarse.

Dicho esto, la voz calla, y el negro fantasma desaparece lanzando horrendos aullidos de rabia. Entonces el joven, con miedo y valentía al mismo tiempo, intenta recorrer uno por uno aquellos tristes tabucos de los muertos. Mas apenas llega á pisar la fría losa de uno de ellos, conmuévase violentamente toda aquella necrópolis inmensa: los sepulcros se abren, yérguense los esqueletos, y la tierra vomita sin cesar nubes de fuego que abrasa aquellas figuras de la muerte. Suspiros lastimeros, llantos de dolor llenan los aires, y el ¡ay! desgarrador, que hasta las mismas piedras pudiera quebrantar, sube hasta los cielos.

Nuevo susto, nueva sorpresa atemoriza á nuestro pobre joven; y esta vez con más razón, porque creyó que había cometido un sacrilegio pisando aquel lugar. Entre sollozos ahogados por el miedo y el dolor, pide socorro á la Virgen. Y, en efecto, no se hizo esperar el socorro de la Consoladora de los afligidos. El fuego se apaga, los llantos cesan, y, allá, en lo más elevado de una sierra, entre nimbos de gloria, ve descender una hermosa doncella rodeada de ángeles, que dulcemente cantaban:

«Santa ciudad, Jerusalén bendita,  
visión de paz, morada de ventura...»

Ciérnese entonces la visión sobre el valle; aquella noble doncella extiende con gracia su mano derecha, con la que sostenía un Rosario de piedras preciosas, y un escapulario con la imagen de la Virgen del Carmen. Todos aquellos esqueletos que pudieron asirse de estas prendas, perdían al pun-

to su horrible figura y levantábanse ligeros, para ir á formar parte de la angelical comitiva. Los ángeles, con más entusiasmo, continuaron su canción hasta desaparecer en las alturas:

Santa ciudad, Jerusalén bendita,  
Visión de paz, morada de ventura  
Que con piedras vivientes en la altura  
El Artista Supremo construyó.

Al llegar aquí despierta el joven, y sin respetar el silencio de la noche, va á contar á su madre el sueño. Los dos se lo explican como pueden, y convienen en que aquello no es todo sueño; algo quiso Dios revelarles.

Era, sin duda, un aviso para que todos nos acordemos de aquellas pobres almas que, sin cansarse, piden la ayuda de nuestras súplicas. Y aquella temerosa sombra, que de muerte perseguía al joven soñador, era el enemigo de las almas, que no puede tolerar que socorramos á nuestros hermanos que en el Purgatorio sufren. Mas el cristiano, sin que la amenaza de este enemigo le asuste, debe seguir siendo devoto de María, por quien espera la liberación de las benditas almas, y algún día abrazarlas en el cielo.

W.

---

## SECCION DE NOTICIAS

---

**De Roma.**—Indignación profunda ha causado en todo el orbe católico un discurso que, con motivo de celebrar el XL aniversario de la entrada del ejército del usurpador Rey Víctor Manuel, pronunció el Alcalde de Roma. Ernesto Nathan, que así se llama el dicho Alcalde, es judío y masón á la vez, y como tal, injurió del modo más grosero á la Iglesia Católica y al Sumo Pontífice, en su desdichada perorata. El Papa protestó ante el Gobierno italiano. Infinidad de católicos de todo el mundo han demostrado á Su Santidad el sentimiento que les causaron tan brutales insultos. También ha censurado toda la prensa sensata y hasta algunos periódicos protestantes, el infame proceder del Gran Maestro de la Masonería italiana.

—El Papa ha advertido á los Obispos de todo el mundo que recomienden en sus Pastorales que las señoras observen las reglas de la hones-

tividad en el vestir, sobre todo para ir al templo, donde son tantas las que se presentan ataviadas de un modo indecoroso.

—Por decreto consistorial, ha nombrado Su Santidad Arzobispo titular de Antioquía de Pisidia y Delegado Apostólico de Perú y Bolivia (América) al Ilmo. Sr. D. Fr. Angel Jacinto Scapardini, dominico italiano, que desde hace un año regía la diócesis de Nusco.

**La cuestión religiosa en España.**—Las manifestaciones católicas celebradas el 2 de Octubre para protestar contra la política antirreligiosa del Gobierno, han superado todas las esperanzas. En casi todas las poblaciones importantes de España se ha celebrado la protesta, que en todas ellas ha empezado por una función religiosa y ha terminado con un mitin y desfile por delante de la residencia de la autoridad civil. En las pocas ciudades en que no se ha verificado manifestación fué debido ó á prohibición arbitraria del Gobierno, ó á que la autoridad local impuso condiciones inadmisibles por lo humillantes para los católicos, como sucedió aquí en Salamanca, donde el Gobernador llevó su despotismo hasta prohibir que los manifestantes llevasen bastón en la mano.

En todas partes resultaron con éxito colosal por el número y calidad de los manifestantes. Baste decir que en Pamplona se juntaron 90.000 católicos, en Vitoria 50.000, en Oviedo 30.000, en Valencia 104.000, etcétera, etc., hasta subir á más de *un millón* los católicos que protestaron contra los proyectos del Sr. Canalejas en toda España. Bien le ha escocido el latigazo, y para quitar importancia al acto, ha tenido la frescura de calificarlo de un fracaso, asegurando que las manifestaciones no eran católicas, sino carlo-integristas. Si esto último fuera cierto, flaco servicio haría el Sr. Canalejas á la Monarquía, pues todo ello probaría que, merced á las torpezas y descabellados propósitos del Presidente del Consejo, se habían multiplicado asombrosamente los adversarios de las instituciones actuales.

Para coronar estos triunfos del catolicismo se llevó á cabo el día 16 una peregrinación madrileña al santuario de Nuestra Señora de los Angeles, que está situado en un cerro próximo á Jetafe y se considera como el centro geográfico de España. Quince trenes especiales salieron de Madrid conduciendo á los católicos, que en número de 30.000 demostraron aquel día su fe y proclamaron muy alto sus anhelos. El efecto que causó en la opinión fué más visible, por cuanto aquella misma tarde celebraron los republicanos en las calles de Madrid otra manifestación para aplaudir á la flamante república portuguesa, y resultó un solemne fracaso. Se juntaron unos cuantos cientos de golfos y de gente maleante, que demostraron su *cultura* y su *amor á la libertad*, silbando é insultando á los católicos á su regreso de la peregrinación, haciendo lo mismo ante el palacio del infante D. Carlos y delante de la redacción de cierto periódico, y no cometieron más atropellos porque la fuerza pública les redujo enérgicamente al orden, deteniendo á los principales alborotadores.

**En Salamanca.**—La novena y la festividad del Rosario se celebraron este año en el templo de San Esteban, con la misma solemnidad de todos los años. Todos los días del novenario hubo por la mañana misa cantada con exposición de S. D. M. (y después durante todo el mes de Octubre), y por la tarde rosario, con exposición, letanía y motetes cantados, ejercicio de la novena y plática por los religiosos de la comunidad. Los tres últimos días predicó elocuentemente las excelencias

del Rosario el M. R. P. Fr. Manuel de la Calle, Predicador general del convento de Palencia. El día 2 fué un acontecimiento por el concurso de fieles y por la solemnidad de los cultos. A pesar de haber sido suspendida la proyectada manifestación católica (por las razones ya dichas) y acaso por eso mismo para demostrar su fe religiosa y su amor á la Iglesia perseguida por los gobernantes españoles, acudieron los fieles á miles al templo de San Esteban. Por la mañana solamente en la misa de siete recibieron la comunión más de mil personas.

A la misa pontifical, celebrada por el Ilmo. D. Fr. Máximo Fernández, Obispo Atudense y dimisionario de Tunkín, asistió un gentío inmenso. Pero la nota más saliente fué la procesión de la tarde por las calles de la ciudad. Solamente las personas que iban en las filas pasaban de 4.000. Presidía el Ilmo Sr Obispo de Salamanca, y de preste ofició el ya citado Obispo dominico. Al entrar la Virgen en el templo, y al ascender al camarín, se desbordó el entusiasmo religioso de los fieles, que prorrumpieron en vivas á la Virgen del Rosario, al Papa, á las Ordenes religiosas y á España católica.

También han sido organizadas por el Sr. Obispo de la diócesis tres peregrinaciones al sepulcro de Santa Teresa en Alba de Tormes. Se verificaron los días 15, 16 y 22 de Octubre con gran concurrencia de católicos. A la del último día, que era la del arciprestazgo de Salamanca, se calcula que asistieron de cuatro á cinco mil personas.

**Revolución en Portugal.** — El día 5 de Octubre, debido á una sublevación militar, que estalló en la noche del 3, se proclamó la república en Portugal. El nuevo régimen, cuya representación se ha encomendado á masones y profesores ateos, inauguró sus tareas, cometiendo toda clase de violencias y de crímenes contra la Iglesia, y en especial contra las Ordenes religiosas. Varios religiosos fueron asesinados por las turbas; los que pudieron huir, tuvieron que pasar la frontera, y los demás están presos, sufriendo los más indignos tratamientos. El nuevo Gobierno ha decretado ya la expulsión de los religiosos, la separación de la Iglesia y el Estado, la enseñanza laica y obligatoria y otras cosas por el estilo, que harán las delicias de Portugal y sacarán á la vecina república de los apuros económicos en que se encuentra.

**Congreso Eucarístico.** — El que se celebró á principios de Septiembre en Montreal (Canadá) alcanzó un éxito colosal. Fué presidido por el Cardenal Vanutelli, en nombre del Papa.

Al desembarcar se le hizo un recibimiento triunfal; el Gobernador salió á recibirlo con su yate, al que se trasladó el Delegado Pontificio desde el barco en que hizo la travesía, y llegó al muelle escoltado por un centenar de lanchas y vaporcitos; las calles de la población estaban adornadas con arcos, banderas y colgaduras. El Congreso terminó con una procesión, en la que llevó el Santísimo el antedicho Cardenal. A ella asistieron 150 Obispos, multitud de sacerdotes y 400.000 fieles. El desfile de la procesión duró cinco horas.